... Y ASI HASTA EL INFINITO

por Pedro Montero

El insólito desarrollo de aquel extraño proceso le hizo sentirse doble y único, como si se encontrase a los dos lados de las tres dimensiones… Soñó que había vuelto a nacer y que nunca moriría.

No puedo precisar si existía ya cuando me trasladé a esta casa. Quizá fue culpa mía por cerrar la ventana con violencia. O algún golpe de viento. Desde la mesa en que trabajo observé un día una pequeña estrella, un minúsculo impacto en el borde inferior del cristal de la ventana, muy cerca del marco metálico. Puede que la tortura datara de cuando los antiguos vecinos. Restos de pintura blanca adheridos a la incipiente hendidura así me lo hacían suponer. En todo caso, se trataba de una pequeña impacción sin consecuencias. Sólo que rompía la armonía del hermoso cristal. Y, cuando llovía, las gotas del agua se deslizaban hacia abajo igual que en un desfile militar, hasta que alcanzaban la zona del impacto. Imagino que, aunque levemente, el golpe había alterado la superficie del cristal, porque al llegar allí, las gotas perdían su paralelismo y daban un rodeo, de resultas del cual se fundían con otras gotas y el goterón resultante ganaba velocidad resbalando vertiginosamente, transformando el pausado desfile en rápida carrera hacia la meta. Cuando el sol daba en el cristal, la luz se reflejaba de manera particularmente doliente en las minúsculas aristas del impacto, haciéndolo semejante a un diamante.

Cada vez con más frecuencia, me sorprendía con la mirada fija en el cristal y observando el impacto. Si necesitaba unos instantes de reflexión para encarrilar mis notas, la diminuta estrella atraía mi atención, en cierto modo, me ayudaba a concentrarme. Hasta que, cierta mañana, me apercibí de que una pequeña hendidura, con base en el impacto, comenzaba a extenderse arriba amenazando con rajar el cristal.

Desde aquel día, tuve especial cuidado al abrir y al cerrar la ventana. Coloqué burletes adhesivos en el exterior de los marcos, a fin de amortiguar los posibles golpes, y tacos de madera en los ángulos si, a causa del calor reinante o para propiciar la ventilación, sencillamente, era preciso mantener la ventana abierta. Precauciones, a pesar de las cuales, la pequeña hendidura no cesaba de extenderse sobre la superficie de cristal, siempre hacia arriba.

Prestando atención a posibles causas de este crecimiento, advertí que la

casa, y con ella la ventana, estaba sometida a una serie de vibraciones que, hasta el momento, me habían pasado desapercibidas o había considerado naturales. La calle soportaba un tráfico más bien intenso. Cuando algún vehículo de grandes proporciones cruzaba frente a la fachada, podía percibirse una ligera vibración aplicando la mano sobre el cristal. Si soplaba con fuerza el viento, igualmente se estremecía la ventana. Y, para colmo, vine a concluir en que, aquel ruido subterráneo, aunque en absoluto molesto, que podía escucharse a intervalos regulares de tiempo, era causado por los trenes del ferrocarril metropolitano que circulaba a varios metros debajo de la calle. Todo lo cual, unido a las vibraciones producidas por el paso de los aviones a reacción, las ondas sonoras y otras trepidaciones perfectamente naturales —supuse—, eran la causa de que la hendidura fuese creciendo de día en día progresivamente. Imaginé que, cuando aquella estría hubiera crecido lo suficiente, el cristal de la ventana correría peligro de partirse en dos. Pero me tranquilicé al inspeccionarla. La hendidura era de una anchura tan sutil que bastaría colocar sobre ella un papel adhesivo transparente par conjurar el peligro.

Una mañana, finalmente, la ranura alcanzó el marco. Tomé el rollo de papel adhesivo y, procurando no oprimir en demasía, la cubrí totalmente. Aunque, por el momento, el caso no era tal, impedía de aquella forma la posible penetración de las gotas que los dos planos en que había quedado dividido el cristal quedaban a la misma altura y procure olvidarme de la hendidura.

Al día siguiente, mientras reflexionaba contemplando distraídamente la ventana, quedé sorprendido al advertir que la ranura parecía haberse prolongado sobre el marco. Efectivamente, en el punto exacto en que finalizaba la raja del cristal, el marco presentaba una raya quebrada, fina como un cabello, que tenía todo el aspecto de ser una continuación de la hendidura. Pura coincidencia —me dije—; una raya en la pintura, que no había advertido antes, y que quedaba ahora especialmente significada por coincidir con al rotura del cristal. No obstante, incapaz de concentrarme en mi trabajo, terminé por subirme en una silla para observar mejor, y pasar la yema de mi dedo índice sobre la fina línea. Tranquilizado al comprobar que sólo afectaba la capa de pintura, como no podía ser menos, me olvidé de lo que amenazaba con convertirse en una desazón obsesiva.

A los pocos días, mientras me encontraba trabajando, me sorprendí contemplando fijamente el impacto estrellado. Sus reflejos tenían la virtud de atraer mi mirada y —lo venía constatando desde el día en que apareció — me servían de ayuda a la hora de concentrarme y elaborar mis ideas. Fui recorriendo la quebradura con mis ojos; continué por la fina línea que la prolongaba sobre el marco y, cual no sería mi sorpresa al advertir que el arañazo de la pintura se había extendido sobre el muro.

Dudando de lo que mis ojos habían percibido, tomé la silla y me aproximé a la parte superior de la ventana. No cabía duda: la línea de rotura, que comenzaba en el impacto estrellado, sobrepasaba los límites del cristal, se prolongaba sobre el marco y comenzaba a invadir el fragmento de pared situado inmediatamente encima de la ventana.

Hundí un alfiler en la hendidura a fin de conocer su profundidad.

Afortunadamente era sólo de unos milímetros, lo que no consiguió tranquilizarme: el alfiler se sumergió igualmente dentro del marco metálico, material que, por su tenacidad, debería haber permanecido incólume a aquella singular y progresiva fragmentación.

Convencido de hallarme ante un hecho de características estrictamente naturales, aunque desconocidas por el momento, traté de hallar explicaciones racionales a lo que estaba sucediendo en mi casa. Concluí que la hendidura (no me importaba el origen del impacto) tenía que ser debida a la flojedad de los materiales de construcción. De alguna manera que ignoraba, determinadas vibraciones constantes —el metro, la circulación— estaban afectando la estructura del edificio. Había bastado un factor desencadenante, el pequeño impacto, para que las trepidaciones imperceptibles y habituales en los grandes núcleos de población comenzaran a efectuar una labor de zapa de imprevisibles consecuencias.

Lo más natural hubiera sido dar aviso al casero de lo que estaba ocurriendo, y tal fue mi primer pensamiento. Busqué su número de teléfono una tarjeta, queme costó encontrar, pero la línea estaba ocupada. Colgué el auricular experimentando una rara satisfacción por no haber podido comunicar; contento que no supe a qué atribuir. Había algo en mí que se resistía a poner en conocimiento del administrador de la finca un hecho que, muy probablemente, carecía de trascendencia. Quizá consistiera en eso: la hendidura tan sólo afectaba a la capa superficial de pintura, y seguramente cesaría de aumentar en longitud en cualquier momento. Solicitar una inspección o pedir que repararan aquella insignificancia resultaba ridículo a todas luces.

Otra parte de mí, no obstante, se sentía inquieta ante un suceso para el que no había hallado explicaciones satisfactorias. Algo me decía que era preciso permanecer vigilante, vivir alertado en espera de quién sabe qué tipo de acontecimientos. Experimentaba frente aquel curioso hecho la sensación de hallarme dividido interiormente. O quizá se trataba de simple pereza y deseos de no molestar en balde.

Todos los días estudiaba la hendidura y me esforzaba por convencerme a mí mismo de que no sobrepasaba los límites de la mañana anterior. Pero, acudiendo al auxilio de una regla, tuve que admitir que la raja sobre el enlucido de la pared iba en aumento. Quizá se trataba de un proceso a cuya detención, una vez iniciado, no era posible proceder sin una restauración en toda regla. En todo caso, mi alarma aumentó cuando, al asomarme a la ventana, comprobé que la hendidura se había hecho tan profunda que era visible desde el exterior. A pesar de lo cual, otra parte de mí mismo determinó aplazar la decisión de comunicar con el casero hasta que la raja llegara —cosa harto improbable— hasta la altura del techo.

Cierto día, descubrí con asombro un impacto similar al primero en un cristal con asombro un impacto similar al primero en un cristal de la ventana de mi dormitorio, que daba a la fachada opuesta. Seguro de lo que iba a ocurrir, me mantuve a la expectativa y pude comprobar cómo, de día en día, la diminuta estría que había comenzado a surgir en día, l diminuta estría crecía cristal arriba, atravesaba el marco y se prolongaba por la pared de la alcoba. Como ya venía siendo habitual, una parte de mi

pugnaba por dar aviso al casero antes de que aquello no tuviera remedio. Otra parte de mi persona asistía plácidamente a aquel hecho, observando con pasión propia de un científico el fenómeno doméstico. Me dividía entre los dos impactos. Me dirigía de uno a otro tratando de adivinar qué estaba ocurriendo allí. Qué vibraciones inevitables eran las causantes del progreso de las hendeduras. Cuál era la dirección que tomaban.

Hasta que intuí —ignoro por qué vías— que las dos rayas caminaban según un itinerario más o menos marcado (quizá siguiendo las líneas de menor tensión) y que terminarían por encontrarse en determinado punto del techo de mi dormitorio.

Simultáneamente a esto, las dos diminutas estrías, los dos impactos, que se extendían paulatinamente por toda la superficie del cristal creando una especie de tela de araña en progresivo aumento. Yo asistía al cuartearse de los vidrios y de las paredes incapaz ya de lo que no fuera observar de continuo y sentirme cada hora más preso en medio de aquella maraña que se iba tejiendo sobre los muros a mi alrededor.

Llegó la noche en que las hendeduras crecientes, los filamentos emitidos desde los impactos estrellados, habían de tocarse irremediablemente y concluir el tejido de tela de araña a mi alrededor. Algo me decía que había de permanecer en vela. Algo me decía que debía acostarme en la cama y esperar. Por último, ciego para lo que no fueran aquellas quebradas líneas, sordo ante las advertencias de mi yo, resignado ante lo inevitable, me eché sobre la cama y me quedé dormido.

Mientras yacía en el lecho, soñé que las dos hendeduras principales, aquellas que surgieron en principio, llegaban a tocarse sobre el techo, justamente a la altura de mi cabeza. Simultáneamente, otras dos líneas, similares en todo a aquellas otras, avanzaban serpenteando por el suelo hasta alcanzar los límites de la cama. En aquel momento experimenté en todo mi ser un dolo intensísimo. Sentí que la casa se dividía en dos, y mi cuerpo y mi alma se desdoblaban de igual forma, partidos por la intersección de las dos hendeduras. Me sentí doble y único. A este y al otro lado de las tres dimensiones. Comprendí que había vuelto a nacer y que nunca moriría. Que continuaría creciendo ilimitadamente y dividiéndome de manera incesante con mi entorno, poblando las sucesivas y más numerosas dimensiones con otros yo mismo, idénticos y dispares en todo, hijos y hermanos simultáneamente.

En aquel momento me desperté y comprendí que todo había sido una pesadilla. No existía red alguna de filamentos ni líneas que fueran convergiendo sobre mi cuerpo. Yo continuaba siendo uno e indiviso. A pesar de lo cual, una extraña palabra rondaba entre las circunvoluciones de mi cerebro.

Levantándome del lecho, me dirigí a mi estudio y tomé el diccionario. Con mano temblorosa fui pasando las páginas, hasta que supe que había encontrado lo que buscaba. Recorrí la columna de palabras con mi dedo índice y me detuve en aquella cuya combinación de letras bailaba en mi cabeza: cariocinesis.

Una vez satisfecha mi curiosidad regresé al lecho tras haberme detenido un momento contemplando el pequeño impacto estrellado en la ventana de m estudio. Me acosté y me quedé dormido casi al instante.

Desde aquel día han transcurrido otros muchos. Los dos impactos

continúan brillando en las ventanas de mi dormitorio y del estudio cuando el sol los hiere. He olvidado aquella pesadilla, pero, de vez en cuando, me siento disperso y dividido, uno y muchos simultáneamente. Es como si anduviera repartido en diferentes mundos y universos. Como si mi casa y mi persona se multiplicaran infinidad de veces en multitud de espejos enfrentados. Cuando esto me ocurre, abro el diccionario y, temblorosamente, voy pasando las páginas hasta que mi dedo índice se detiene sobre la palabra. Y entonces leo: *Cariocinesis. División indirecta de la célula precedida de una transformación completa del núcleo.* Y así hasta el infinito.